

Suscripciones

En Murcia, 50 cts. al mes
Provincias, 8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año III. Murcia 12 de Enero de 1890. Núm. 81

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistracion de
este periódico
Comunica-
dos, a precios
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 13 céntimos.

Redaccion y Administracion
APOSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Union Murciana

SOMBRERERIA
DE

A. RIQUELME.

Calle de la Platería núm. 42.
Murcia.

Gran novedad en sombreros in-
gleses a 9 pesetas, regalando caja
y cepillo.
Gorras desde real y medio en
adelante.

 **Gonzalez Vera** 
DENTISTA DE S. M.
Sucesor de los

SRES. FRANZEL AUS Y DELGADO
17, Sociedad, 17.

Pone en conocimiento del público
murciano, que actuará en este antiguo y
acreditado gabinete, donde los clientes
encontrarán los mismos precios é igual
esmero que se han venido usando.

Opera gratis a los pobres, de 10 a 12
de la mañana.

En este laboratorio mecánico, se cons-
truyen dentaduras, sin cubrir el paladar,
sin muelles, piezas parciales de uno ó
más dientes y sin ganchos, por ser estos
causa de la destrucción de las inmediatas.

Dentaduras con presiones múltiples; id.
con paladar sin presión; colocación de
medios dientes, sin pivot ni aparato; ar-
reglando todas las piezas deterioradas y
reparaciones en las mismas, y todo quan-
to se relacione con esta mecánica profes-
sion.

Comunicación telefónica, de 6 de la ma-
ñana a 6 de la tarde.

TELÉFONO NÚMERO 67.

17, SOCIEDAD, 17.

FOTOGRAFIA DE

Federico M. Terol

Calle de Balboa.

La Juventud Literaria

EL BORRIQUITO.

CUENTO PARA NIÑOS.

Pues, señor, en aquel tiempo en que,
según asegura Esopo, el gran fabulista,
hablaban los animales, puso el león
una escuela de niños, es decir, de ani-
males pequeños.

Asistían á ella, con objeto de ins-
truirse y de no hacer mal papel en la
sociedad, una ardilla muy lista, un zo-
rro muy astuto, varios perros de castas
diferentes y una cotorra muy charla-
tana.

Eran todos animalitos de clara inte-
ligencia, muy dispuestos para apren-
der, y pronto lograron adquirir cono-
cimientos generales.

El león estaba satisfecho de sus dis-
cípulos y no pensaba admitir mas,
cuando un dia presentóse un borri-
quillo de color de ceniza, chiquitín,
vivaracho y con las orejas muy largas.

—¿Qué desea usted, pollinito? le pre-
guntó el maestro con mucha cortesía.

—Pues yo, contestó el recién llega-
do, quiero aprender lo que estos com-
pañeros míos.

La ardilla, el zorro, los perros y la
cotorra soltaron una carcajada.

—¿De qué se ríen ustedes? preguntó
el león dando un rugido.

Nos reímos de este borrico que quie-
re compararse con nosotros.

El león miró con desprecio al pájaro
verde, y volviéndose al pollino le habló
de esta manera:

—Desde hoy vendrás á la escuela
todos los días. Ya sé que Dios no te ha
concedido gran inteligencia, como á
estos otros animales; pero si estudias
con ahínco llegarás á saber tanto como
ellos.

Desde entonces, el borriquito asistió
puntualmente á la escuela, y era de
ver su constancia en repasar los libros
y la atención que ponía á las lecciones
y lo que movía sus orejas largas y ties-
sas para oír mejor las explicaciones del
maestro.

Sus compañeros se burlaban de él, y
en todo el tiempo que duraba la clase
no hacían otra cosa que reírse del po-
bre asno, descuidando los estudios y
haciéndole, aun los que no eran perros,
una porción de perrerías. Ya imitaban

su rebuzno; ya se ponían largas orejas,
hechas con cucuruchos de papel; ya
figuraban dar coces contra los bancos;
todo aquello, en fin, que pudiera ofen-
der al paciente discípulo.

Pero éste no hacía caso. Si le llama-
ban *burro*, no se incomodaba, porque
sabía que lo era; se pasaba las horas
haciéndose el sordo á los insultos y á
las burlas.

Llegó fin de curso. Formaron el Tri-
bunal de exámenes tres sabios de Gre-
cia, á quienes llamó el león para que
juzgasen los adelantos de sus discipu-
los, y se presentaron éstos con el temor
natural de quien va á ser juzgado por
personas de inteligencia superior.

Pero ninguno tenía tanto miedo como
el borriquito, que, convencido de su
escasa disposición para el estudio, tem-
ía no alcanzar ni siquiera la nota de
no liano, y justificar así el desprecio de
sus compañeros.

Fue el último que se examinó, y los
otros, que ya habían salido de su apuro,
se reían al ver al pobrecito, lleno
de sus o presentarse ante el Tribunal
todo tembloroso, con el rabo caído y
las orejas desmayadas.

—Ahora te convencerás de que eres
un asno, le decía el zorro.

—Y de que el mas torpe de nosotros
es mas listo que tú, añadía la ardilla,
que no se estaba quieta un momento.

—Anda, borrico, borrico, borrico, le
decía la cotorra

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de
todos cuando vieron que el pollinito
contestaba sin vacilar á cuantas pre-
guntas le hacían!

¡Con qué modestia, pero al mismo
tiempo con cuánta seguridad se expli-
caba! Baste decirnos que los jueces le
dieron la nota de *sobresaliente*, que no
había logrado ningún otro discípulo, y
una hermosa medalla de oro que le col-
garon al cuello y que relucía como un
sol.

El león entonces sacudió la melena,
dió un rugido de satisfacción, y habló
de esta manera á sus discípulos, señalando con la garra derecha al pollinito,
que no se daba cuenta de lo que le
sucedia:

—Ahí tenéis el poder de la voluntad
y de la constancia. De nada sirve la
disposición natural si no se sabe apro-
vecharla para el estudio.

No os burleis nunca de aquellos cu-
yas dotes intelectuales son escasas, por

